

Cuadernillos de poesía colombiana

4

Porfirio Barba Jacob

ESTUDIO DE RAFAEL MAYA

---

Ediciones de la revista *“Universidad Católica Bolivariana”*

---

**MIGUEL ANGEL OSORIO** nació en  
1883 en  
Santa Rosa de Osos, Departamento de  
Antioquia. Ricardo Arenales fue su  
primer seudónimo, que trocó luego  
por el de **PORFIRIO BARBA JACOB**,  
nombre egregio en la poesía continen-  
tal.

Desde su juventud abandonó el país  
y viajó por México, Guatemala, Hon-  
duras, El Salvador y Cuba. Vuelto a  
Colombia, residió algún tiempo en Me-  
dellín y Bogotá. Luego regresó a Mé-  
xico, donde actualmente vive.

Un grupo de amigos centroamerica-  
ños, capitaneados por Rafael Aré-  
valo Martínez, librificó en Guatemala  
algunas de sus poesías con el rubro de  
**ROSAS NEGRAS**. En 1937 editó en  
Manizales J. B. Jaramillo Meza el vo-  
lumen **LA CANCION DE LA VIDA  
PROFUNDA Y OTROS POEMAS**.

# Porfirio Barba Jacob

El poeta, dijo un lírico alemán, es el supremo legislador del mundo. Esta afirmación fue hecha en los días del romanticismo universal, cuando el corazón de los hombres seguía dócilmente el itinerario de la alondra, y al tiempo que la libertad se lanzaba a conquistar los espíritus agitando su antorcha que, como la cabellera del día, había sido inflamada en la propia hoguera del sol.

Desentrañad un poco la orgullosa sentencia y os hallaréis delante de una verdad, no por soterrada dentro de las causas históricas, menos patente y necesaria. El poeta, desde los días en que Orfeo hacía resonar los valles del mundo con su lira de cinco cuerdas, hasta la hora actual, en que el instrumento lírico se encuentra enriquecido de múltiples acordes, ha sido por excelencia el director de las almas y el supremo creador de las leyes espirituales.

No designo con ese nombre a los divulgadores de ritmos aparentes sino a los profesores de música interior. Nosotros, los que juntamos sílabas para arrastrar la estrofa, como se agrupan corceles frente al carro, desempeñamos apenas una tarea subalterna y de imitación, y sólo logramos parecernos al mal actor que tiene que teñir de carmines vegetales su manto pobre para suplir la púrpura en que se envuelve el cantor coronado, por cuya boca se expresan los dioses de la armonía.

Entiendo por poeta, ya lo dije, al maestro de las cadencias interiores, al profesor que concierta ideas o emociones sobre la pauta de los ritmos iniciales, al hombre que convierte su idea del mundo en fuerza de su corazón o en fiebre de sus arterias. En este sentido el poeta viene a ser una especie de instrumento psicológico para medir la tensión de las corrientes intelectuales o morales que cruzan su influencia en determinada época, y resumen en sí todo el calor de la sensibilidad humana existente en ese momento, pero elevado a su máxima potencia y dotado de virtudes rítmicas que hacen de ese calor una fuerza propulsora y un foco de energía social que mueve las conciencias.

Convertido el poeta, de este modo, en un resumen de las cualidades morales de su tiempo se transforma, de hecho, en legislador de los hombres puesto que, al devolver todas esas influencias, no lo hace en la forma pasiva como los cuerpos devuelven la irradiación solar, cuando llega la sombra, sino de modo activo, es decir, imponiendo sus normas y ejerciendo la jurisdicción de su espíritu por medio de postulados estéticos que vienen a formar un verdadero código de educación intelectual.

Misión muy alta, en verdad, la del poeta: condensar el ambiente moral de un siglo; registrar minuciosamente todas las ondulaciones de la sensibilidad humana; determinar la dirección de los vientos interiores que agitan los espíritus; precipitar el contenido de las conciencias; aclarar el misterio del mundo; reducir a prisión estética los fantasmas del sueño; sensibilizar las vagas insinuaciones de la pasión o del deseo; concretar el imperceptible gesto de las cosas fugaces y darle plasticidad eterna; destruir lo inmutable y otorgarle la divina virtud de la fragilidad; reducir el universo al cristal de una lágrima o hacer que la lágrima desborde e inunde los senos de la noche; adivinar la tempestad en la hoja que tiembla o hacer de la caída de la hoja un derrumbamiento cósmico; colocar las señales del destino; transmitir el celeste mensaje de la golondrina o de la nube y encender el faro de la esperanza sobre el humano oleaje, cuando se escucha el grito del abismo y el cielo es de bronce a la desesperación de los hombres.

Y todo esto elaborado mediante un proceso doloroso en que la fiebre de la sensibilidad tiene que sufrir el imperativo de la razón ordenadora. Atended al fenómeno: de un lado lo que es producto del simple instinto poético, podríamos decir, como es la emoción inicial que viene cargada de sugerencias a manera del viento que ha atravesado una floresta; la asociación de ideas, que percibe el enlace de cosas aparentemente contrarias, y, al trazar el puente que las une, realiza la metáfora o cierra el símbolo con la misma facilidad del pájaro que, al efectuar su parábola aérea, le comunica el pensamiento del árbol a la montaña remota; la memoria que resucita el pasado con todas sus resonancias y suministra el más precioso material poético, y, en fin, de todas aquellas fuerzas subconscientes que contribuyen a la creación artística. De otro lado, lo que es producto del raciocinio y de la claridad de conciencia, lo que se debe al análisis y a la facultad crítica, lo que la inteligencia tiene que poner como obra de cálculo, o en leyes de ponderación y equilibrio.

Me parece que este proceso podría compararse al fenómeno de la ebullición: un rumor sordo y una aparente desintegración de volúmenes; pero, de pronto, el milagro de la burbuja perfecta que instala su equilibrio sobre el temblor del agua, y opone su geometría cristalina a la confusión engendrada por el demonio del fuego.

Tal es, sumariamente esbozado, el mecanismo interior que impele la máquina del canto. Aquel que no haya sufrido intelectualmente este proceso, escuchará, como el poeta oriental, la voz de su cántaro quejándose por haber sido modelado demasiado aprisa.

Realmente son pocos los elegidos. Entre el coro de los danzantes hay algunos a quienes la corona de hiedra les hace sangrar la frente. Más que al ritmo de los timbales parecen atender a su propia angustia. Si descomponen el paso, si crispan las manos, si caen en el frenesí, es porque la música de afuera les pareció insuficiente para medir los movimientos de su alma y se entregaron al huracán, como la bandera de las naves.

Vais a conocer a uno de éstos. El mismo se ha retratado en dos líneas: "Una bacante loca y un sátiro afrentoso — conjuntan en mi sangre su frenesí amoroso".

Porfirio Barba Jacob es el acorde musical con que ahora se designa el poeta. Como Matías Pascal, el personaje de Pirandello, ha muerto tres veces, y tres veces ha quemado su alma en una hoguera de papeles escritos. Para poder renovarse optó por un medio radical: la propia eliminación,

rompiéndose la frente contra el espejo que reflejaba su fastidio. Creo que no volverá a hacer la prueba trágica, porque parece que se encontró a sí mismo y se ha jurado fidelidad eterna.

En torno suyo se ha hecho la fábula, y el poeta ha callado maliciosamente, dejándose envolver en una red de hilos negros y de hilos luminosos por entre la cual ha mirado a los hombres con un poco de burla, y un asombro de niño encantado que está preso en el estuche de rubíes de una granada.

Sin embargo, no todo pertenece a la leyenda. "La vida es clara, undívaga y abierta como el mar", se dijo el poeta desde muy temprano, y se lanzó a la aventura con una estupenda temeridad de pirata, de modo que muchas veces, poniéndose la mano en el pecho, pudo decirse las palabras de una hermosa criatura que discurre por la tragedia antigua: "Es terrible tu corazón! Parece que desea el mundo! Está loco de codicia!"

No ha tenido más norma que vivir su vida, en diversos climas, bajo distintas constelaciones, entregado a la anarquía de los instintos y desnudando los nervios para sentir más dolorosamente el escalofrío cósmico. Si alguna vez ha ido a purificarse en el agua lustral, he aquí que el espejo líquido le ha devuelto su rostro, barbado como el de un sátiro, y el poeta, consciente de su sangre animal, se ha entregado con más furia que nunca a los divinos raptos y ha mordido la manzana que guarda un poco de polvo y ceniza de las ciudades castigadas.

Su acento lírico es casi inconfundible. Es una voz de bajo, empañada por la emoción trémula de desgarramientos interiores, y larga como el grito del ciervo herido a la orilla de los manantiales. Ni la trompa épica, ni el galante violín, ni la flauta confidencial son sus instrumentos, sino el violoncelo profundo, esposo de la estación amarilla, intérprete de las pasiones tardías, cómplice de los últimos arrebatos que ya se confunden con el estertor agónico. Es, acaso, una de las voces líricas más puras que se hayan oído entre nosotros. No está agravada de intenciones metafísicas, ni confía en la virtud del símbolo, como tampoco se desenvuelve siguiendo exclusivamente la espiral melódica, sino que es un escape de emociones muy personales, que se ajustan a un ritmo entrañable, y sólo nos hablan de la angustia de un hombre que hubiese sido crucificado, en desnudez dolorosa, sobre los brazos de una lira de bronce.

Barba Jacob, acabo de decirlo, es un poeta esencialmente lírico, porque sólo canta sus sentimientos. El verso, para él, no es más que el intermediario a través del cual nos cuenta su angustia, o una forma pudorosa y excelsa de acercarnos su alma. Y con todo, es más lo que adivinamos en sus estrofas que lo que éstas dicen, no obstante estar cargadas de sentido, porque la pulcritud y tersura del verso oponen un poco de resistencia al hervor pasional y reducen la temperatura de la emoción. Con todo, qué temblor de humanidad sacude aquellos versos, dotados de sensibilidad propia, diríamos, y casi contráctiles como la piel de ciertos animales a quienes electriza el solo roce de la mano.

Si hay alguien que se haya desnudado en el ejercicio de su arte, es el poeta de la "Canción de la vida profunda". Sólo que, a través de su divino impudor, no hemos advertido penas mediocres ni pasajeras angustias, ni mucho menos la querella romántica, formada de conflictos caseros y desencantos retóricos, sino una inquietud infinita y lacerante, que no busca con-

suelos superiores porque gusta de exacerbarse a sí propia, mirando hacia la tierra con agobio de bestia herida.

Poned oído atento a la melodía. El poeta habla a nombre del dolor humano, pero lo hace en forma tan decorosa y tan bella que todos nos apropiamos ese dolor y aún buscaríamos voluntariamente la desgracia para consolarnos después con un verso.

Hay que repetirlo: la angustia de Barba Jacob no es de origen romántico, ni obedece a los cambios de la luna. Es fundamental, si se me perdona la palabra y en ese sentido la angustia lo es común con todo sér pensante. Bastarían las preguntas elementales de la filosofía: qué es el hombre, qué es el mundo, si nos la formuláramos todas las noches, para no volver a sonreír. Afortunadamente, esas preguntas están bien hondas en la conciencia humana, y sólo afloran a la superficie cuando hay un príncipe loco y enamorado que va a conversar con los sepultureros.

Pero ese príncipe a dejado parientes. Barba Jacob se ha preguntado muchas veces por el sentido de la vida, y lo ha buscado en los viajes, en la acción, en las agitaciones políticas, en la sensualidad, pero la esfinge bella y amorosa no ha debido de contestarle nada.

Entonces ha sembrado de interrogaciones el cielo de su poesía, y se ha arrodillado en el desierto, con las manos en alto, y ha mirado cómo las constelaciones rodaban en la noche hacia el límite profundo, llevándose la gloria y el misterio de su parpadeo indescifrable.

No vayáis a creer, por esto, que su poesía sea tenebrosa o metafísica cuando, por el contrario, está llena de cielo, cruzada de influencias solares, abierta al campo y perfumada tenazmente como el pañuelo que ha pasado por las manos de muchas mujeres.

Pero allí está su secreto. Ha realizado "el misterio en plena luz". Es enigmático en su misma claridad, como el día o como el diamante. Deja el miedo que nos producen algunas tardes de verano, vestidas de un azul profundo y tan diáfanas que las colinas distantes parecen estar al alcance de la mano, pero al mismo tiempo solemnes y calladas en su esplendor como si la luz se estuviera exaltando a sí misma antes de extinguirse en la noche definitiva.

**Rafael MAYA**

## Virtud interior

Llego aquí como ayer sencillamente;  
y en medio de los campos  
abandono mi cuerpo  
sobre la hierba fácil.

Ni voces que interrumpen la secreta  
comunión de la vida:  
ni libros imponentes  
ni exceso de palabras.

Dulce cielo otoñal sobre los valles;  
el agua limpia; el césped; la inefable  
sencillez de las cosas;  
y yo, sin ligaduras,  
buscando el rumbo cierto  
a la sombra de Dios que me sustenta.

Y la emoción que me darán los hálitos  
del bosque, santamente,  
y el éxtasis divino del silencio  
debajo de los árboles....

La noche azul me cubre;  
mi frente se circunda  
de lirios y de estrellas,  
y nace mi bondad y va fluyendo;

y en la inquietud absorto,  
sobre la hierba trémula,  
mi corazón humilde  
ama todas las cosas;

y siento hervir mi sangre,  
y quiero derramarla,  
y esta virtud cruenta  
me va purificando....

# El son del viento

E a postremas, viene un grand viento,  
que todo lo lleva.

El Libro de los Gatos

El son del viento en la arcada  
tiene la clave de mí mismo:  
soy una fuerza exacerbada  
y soy un clamor de abismo.

Entre los coros estelares  
oigo algo mío disonar.  
Mis acciones y mis cantares  
tenían ritmo particular.

Vine al torrente de la vida  
en Santa Rosa de Osos,  
una media noche encendida  
en astros de signos borrosos.

Tomé posesión de la tierra,  
mía en el sueño y el lino y el pan;  
y, moviendo a las normas guerra,  
fuí Eva y fuí Adán.

Yo ceñía el campo maduro  
como si fuera una mujer,  
y me entibiaba un vino oscuro  
de placer.

Yo gustaba la voz del viento  
como una piñuela en sazón,  
y me la comía... con lamento  
de avidéz en el corazón.

Y, alígero esquife al día  
y a la noche y al tumbo del mar,  
bogaba mi fantasía  
en un rayo de luz solar.

Iba al Oriente, al Oriente,  
hacia las islas de la luz,  
a donde alzara un pueblo ardiente  
sublimes himnos a lo azul.



Ya cruzando la Palestina  
veía el rostro de Benjamín,  
su ojo lánguido, su boca fina,  
y su arrebató de carmín.

O de Grecia en el día de oro,  
do el cañuto le daba Pan,  
amaba a Sófocles en el coro  
sonoro que canta el Peán.

O con celo y ardor de paloma  
en celo, en la Arabia de Alá  
seguía el curso de Mahoma  
por la hermosura de Abdalá:

Abdalá era cosa más bella  
que lauro y lira y flauta y miel:  
cuando le llevó una doncella  
cien doncellas murieron por él!

Mis manos se alzaron al Ambito  
para medir la inmensidad;  
pero mi corazón buscaba ex-ámbito  
la luz, el amor, la verdad.

Mis pies se hincaban en el suelo  
cual pezuña de Lucifer,  
y algo en mí tendía el vuelo  
por la niebla, hacia el rosicler....

Pero la Dama misteriosa  
de los cabellos de fulgor  
viene y en mi mano posa  
y me infunde un fatal amor.

Y lo demás de mi vida,  
no es sino aquel amor fatal,  
con una que otra lámpara encendida  
ante el ara del ideal.

Y errar, errar, errar a solas,  
la luz de Saturno en mi sien,  
roto mástil sobre las olas  
en vaivén.

Y una prez en mi alma colérica  
que al torvo sino desafia:  
el orgullo de serte, América,  
el Ashaverus de tu poesía....

Y en la flor fugaz del momento  
querer el aroma perdido,  
y en un deleite sin pensamiento  
hallar la clave del olvido.

Después un viento.. un viento.. un viento..  
y en ese viento mi alarido!

## El pensamiento perdido

Yo tuve un pensamiento de inspiración divina,  
seguro como un monte y arduo como un amor:  
encerraba el misterio de la concha marina,  
del vuelo de las águilas, del ritmo y de la flor.  
Jamás lucero alguno vertió desde la altura,  
sobre el escueto páramo, más dulce claridad  
que el pensamiento mío sobre la carne oscura,  
hecha, por él, florida de bien y de verdad.

Bajo su beso el mundo reía en la alborada...  
¡Y la alborada fue mi honda de David!  
Oh, ternura sin lágrimas de la luz añorada  
jugando en los racimos maduros de la vid...

En su esplendente lumbre — rubí, zafiro, día  
eterno — iban las múltiples fuerzas del Bien y el Mal  
(palomas y milanos) con rumbo a la armonía,  
y todo se nutría de ciencia divinal.

Agrias tormentas —agrias como erizada roca—  
entre la mente oscura y el ciego corazón;  
plegaría que te vuelves, al brotar de la boca,  
iracunda blasfemia o ardiente maldición;

enfermedad sagrada que busca lo absoluto  
en nuestro ser efímero, mas no lo puede hallar;  
celestes poesías que llevas hasta el bruto  
tus perfumadas ánforas, tu lirio y tu azahar;

soplo que extingue al paso la flama de la vida;  
ósculo de las sombras, fatídico vaivén  
entre un día futuro y una edad preterida,  
hambre de azul, melódica nostalgia del Edén....

Todo bajo la lumbre del claro pensamiento  
era impulso armonioso, miel, perla, vino, abril...  
El suspiro de Dios, que armonizaba el viento,  
iba en mi pensamiento por el viento de Abril!

# Canción del día fatigado

(Elegía de Sayula)

— I —

¡Hasta que llovió en Sayula!

Folklore mexicano

Por campos de Jalisco, por predios de Sayula. . .  
¡donde llovía a cántaros! ensueños fui a espigar.  
Cantaban unos jóvenes, y sus bellas canciones  
las muchachas del pueblo salían a escuchar.

Busco una vida simple, y, a espaldas de la Muerte,  
no triunfar, no fulgir, obscuro trabajar,  
pensamientos humildes y sencillas acciones,  
hasta el día en que, al fin, habré de reposar!

— ¡Imaginaciones!

— ¡Imaginaciones!

— II —

Esta tierra es muy suave, muy tibia, nada estéril,  
y la fecundan largos ríos de dolor.  
Arando, arando, iban cantando unas canciones,  
y yo pensé en Romelia y en su imposible amor.

Aquí la luz es tan radial, tan tónica, tan clara,  
como eres tú, Romelia: como Guadalajara.  
¡Qué maravilla! Bosques de cálida astromelia  
en un silencio azul envuelven los salones. . .  
Vivir aquí, labrando las tierras de Sayula,  
porque me diesen ellas, a cambio de sudor  
—ya extinta mi inquietud, calladas mis canciones—  
¡paz! ¡paz en mis entrañas! ¡Silencio en mi redor!

— ¡Imaginaciones!

— ¡Imaginaciones!

Ala del tiempo....

Ala del tiempo....

Ha mil años, un pueblo formaría  
con polvo de hombres una ruin alfarería....

Romelia dulce, cantan de nuevo las trémulas tonadas,  
y en mi frente —un incendio de florestas—  
fluye tu cabellera perfumada.

Sayula está de fiesta

porque llovió, la luna sublima los magueyes,  
me dan vino y.... ¡México es tierra de elección!

“Mi padre —dice un joven— tiene cinco yuntas de bueyes”

Cruzan la honda noche ráfagas de maizales,  
y un júbilo de júbilos nos llena el corazón.

Luces en las cabañas!

Canciones por las montañas!

Un lecho de espadañas que las dora el estío,  
y tú, Fantasma bruno, que siempre me acompañas....

¡Dadme vino y llenemos de gritos las montañas!

— ¡Imaginaciones!

— ¡Imaginaciones!

Bajo el portal caduco vine a buscar sosiego.  
Rendidos de cansancio, en la tierra desnuda  
duermen una mujer, un niño, un labriego.

Se mira arder la noche,  
cuajada de cocuyos.

Sin ningún pensamiento, sin dolor exaltado  
—¡nada más la fatiga de un día: nada más! —  
sobre la tierra dura, desnuda, estoy echado.  
El niño, friolento, comienza a sollozar....  
¡Oh pobre india estúpida: tu hijo está llorando:  
arrúllalo en tus brazos y dále de mamar!

## Futuro

Decid cuando yo muera... (¡y el día esté lejano!):  
Soberbio y desdeñoso, pródigo y turbulento,  
en el vital deliquio por siempre insaciado,  
era una llama al viento ....

Vagó con los abriles por islas de su América;  
en un pinar de Honduras vigorizó el aliento;  
la tierra mexicana le dió su rebeldía,  
su libertad, su fuerza... Y era una llama al viento.

De simas no sondeadas subía a las estrellas;  
un gran dolor incógnito vibraba por su acento;  
fue sabio en sus abismos, — y humilde, humilde, humilde—,  
porque no es nada, una llamita al viento....

Y supo cosas lúgubres, tan hondas y letales,  
que nunca humana lira, jamás, esclareció,  
y nadie aún ha medido su trágico lamento....  
Era una llama al viento y el viento la apagó.

## Lamentación de Octubre

Yo no sabía que el azul mañana  
es vago espectro del brumoso ayer;  
que, agitado por soplos de centurias,  
el corazón anhela arder, arder.  
Siento su influjo y su latencia, y cuándo  
quiere sus luminarias encender.

Pero la vida está llamando,  
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabía que infantil ternura  
da al cielo de la vida un rosicler,  
y que, bajo el laurel, el héroe rudo  
algo de niño tiene que tener.  
¡Oh, quién pudiera de niñez temblando,  
a un alba de inocencia renacer!

Pero la vida está pasando,  
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabía que la paz profunda  
del afecto, los lirios del placer,  
la magnolia de luz de la energía,  
lleva en su blando seno la mujer.  
Mi sien rendida en ese seno blando,  
un hombre de verdad quisiera ser. . . .

¡ Pero la vida está acabando,  
y ya no es hora de aprender!

## Balada de la loca alegría

....Polvo de Pericles, polvo de Codro,  
polvo de Cimón....

(Palabras de la Antología)

Mi vaso lleno — el vino del Anáhuac —  
mi esfuerzo vano — estéril mi pasión —  
soy un perdido — soy un marihuano —  
a beber — a danzar al son de mi canción....

Ciñe el tirso oloroso, tañe el alegre címbalo.  
Una bacante loca y un sátiro afrentoso  
conjuntan en tu sangre su frenesí amoroso....  
Atenas brilla, piensa y esculpe Praxiteles,  
y la gracia encadena con rosas la pasión.  
¡Ah de la vida parva, que no nos da sus mieles  
sino con cierto ritmo y en cierta proporción!  
¡Reíd, danzad al viento de Dionisios que embriaga el corazón!  
La muerte viene — todo será polvo  
bajo su imperio — polvo de Pericles,  
polvo de Codro, polvo de Cimón....

Mi vaso lleno — el vino del Anáhuac —  
mi esfuerzo vano — estéril mi pasión —  
soy un perdido — soy un marihuano —  
a beber — a danzar al son de mi canción....

De Hispania fructuosa, de Galia deleitable,  
de Numidia ardorosa, y de toda la rosa  
de los vientos que beben las águilas romanas,  
surgid, doncellas puras y ávidas cortesanas.  
Danzad en voluptuosos, lúbricos episodios,  
con los esclavos nubios, con los libertos rodios.

Flaminio, de cabellos de Amaranto,  
busca para Heliogábalo en las Termas  
varones de placer.... Alzad el canto,  
danzad, reíd en báquica alegría  
y haced brotar la sangre que embriaga el corazón.  
La Muerte viene — todo será polvo  
bajo su imperio — Polvo de Lucrecio,  
polvo de Augusto, polvo de Nerón....

Mi vaso lleno — el vino del Anáhuac —  
mi esfuerzo vano — estéril mi pasión —  
soy un perdido — soy un marihuano —  
a beber — a danzar al son de mi canción....

Montañas de Antioquia con olor de azucena;  
aldeanas del Cauca con dulzor de colmena;  
infanzonas de Lima, unciosas y augurales,  
y princesas de México, que es como la alacena  
familiar, do guardamos los más ricos panales....  
Y mozuelos de Cuba, lánguidos, sensuales,  
infructuosos, sombríos,  
cual fantasmas que cruzan por unos sueños míos....  
Mozuelos de la grata Cuscatlán — ¡oh ambrosía! —  
y mozuelos de Honduras,  
donde hay alondras ciegas por las selvas oscuras....  
Entrad en la fiesta, en el feliz torbellino:  
reid, danzad al son de mi canción;  
la piña y la guanábana aroman el camino  
y un vino de palmeras aduerme el corazón....  
La muerte viene, todo será polvo:  
polvo de Hidalgo, polvo de Bolívar,  
polvo en la urna, y, rota ya la urna,  
polvo en la ceguedad del Aquilón....

Mi vaso lleno — el vino del Anáhuac —  
mi esfuerzo vano — estéril mi pasión —  
soy un perdido — soy un marihuano —  
a beber — a danzar al son de mi canción....

La noche es clara y da embriaguez de mieles,  
la tierra es bella en su cendal de brumas;  
vivir es dulce, con dulzor de trinos;  
canta el amor, espigan los donceles,  
se puebla el mundo, se urden los destinos....  
¡Que el vino del Anáhuac me alivie el corazón!  
¡A danzar! ¡A girar en raudos torbellinos,  
vano el esfuerzo, estéril la pasión!....

#### ENVIO:

A tí que me reprochas el arcano  
sentido del amor que va en mi verso,  
fúlgido y fuerte, insólito y arcano,  
te hablo en la triste vanidad del verso;  
tú en la Muerte rendido, yo en la Muerte,  
ni un grito apenas del afán del mundo  
podrá hallar eco en la oquedad vacía.  
El Polvo reina, el Polvo, el Iracundo....

¡Alegría! ¡Alegría! ¡Alegría!



## Elegía de Septiembre

¡Oh sol! ¡Oh mar! ¡Oh monte!  
¡Oh humildes animalitos de los campos!  
Pongo a todas las cosas por testigos de  
esta realidad tremenda: HE VIVIDO....

MAIN

Cordero tranquilo, cordero que paces  
tu grama y ajustas tu ser a la eterna armonía:  
hudiendo en el lodo las plantas fugaces  
huí de mis campos feraces  
un día....

Ruiseñor de la selva encantada  
que preludias el orto abrilero:  
a pesar de la fúnebre Muerte y la sombra y la nada,  
yo tuve el ensueño.

Senderos que vas del alcor campesino  
a perderte en la azul lontananza:  
los dioses me han hecho un regalo divino:  
La ardiente esperanza.

Espiga que mecen los vientos, espiga  
que conjuntas el trigo dorado:  
al influjo de soplos violentos,  
en las noches de amor, he temblado.

Montaña que el sol transfigura,  
Thabor al febril medio día,  
silente deidad en la noche estelífera y pura:  
¡nadie supo en la tierra sombría  
mi dolor, mi temblor, mi pavora!

Y vosotros, rosal florecido,  
lebreles sin amo, luceros, crepúsculos,  
escuchadme esta cosa tremenda: — HE VIVIDO!  
He vivido con alma, con sangre, con nervios,  
(con músculos,  
y voy al olvido....

## Soberbia

Le pedí un sublime canto que endulzara  
mi rudo, monótono y áspero vivir.  
El me dió una alondra de rima encantada ....  
¡Yo quería mil!

Le pedí el ejemplo del ritmo seguro  
con que yo pudiera gobernar mi afán.  
Me dió un arroyuelo, murmurio nocturno....  
¡Yo quería un mar!

Le pedí una hoguera de ardor nunca extinto,  
para que a mis sueños llevase calor.  
Me dió una luciérnaga de menguado brillo....  
¡Yo quería un sol!

Qué vana es la vida, qué inútil mi impulso,  
y el verdor edénico, y el azul de abril....  
¡Oh sórdido guía del viaje nocturno:  
Yo quiero morir!

## Canción de la noche diamantina

Musa solar con nardos irreales  
el cielo niño del abril decora;  
y... éste era el huerto de una Reina mora  
y un lirio que la aurora aljofaró;  
pero mi corazón balbuce entre la aurora:

— ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

El tiempo fluye, la ilusión dilata  
su onda azul y en lo real confluye:  
¡noche de montesina serenata,  
la lágrima, el deliquio y el tú y yo...  
Pero mi corazón modula rima ingrata:

— ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

La antorcha crepitante está en el viento  
y de siglos a siglos va encendida;  
la Muerte sopla su huracán violento,  
y fulge más la antorcha de la vida:  
¿un niño en este instante los ojos no entreabrió?  
Pero mi torvo corazón no olvida:

— ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Amor por tu delicia y tu frecuencia  
por los valles letárgicos de la carne encantada,  
de un humo azul la blándula almohada,  
de un prócer vino la brumosa esencia,  
sosiégase en la noche la frente conturbada.  
Las alondras no cantan todavía  
ni mueve sus saetas el reló;  
pero mi corazón solloza en su alegría:

— ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Y al fin, quietud... El mortuorio túmulo,  
loas lúgubres, flores, oro póstumo,  
y, en mármol negro, el Numen desolado.  
Con sus manos violáceas, en la tarde riente  
ya mi ansiedad la Muerte apaciguó.  
Alguien diga en mi nombre, un día, vanamente:

— ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

## Primera canción de la soledad

Valle fértil, con ojos azules  
que el rumor del juncal adormece,  
si espira en los juncos un aura lontana;  
fácil coro de aplausos que mece  
con moroso ritmo la musa liviana;  
un laurel... y la hembra en la umbría  
a mi voluntad soberana....

¡Alma mía, qué cosa tan vana!

Ingenuo flautista de rostro florido,  
que a la luz de un candil imbuído....  
(era invierno, nublosa mañana)  
rindióse a mi ardor sin sentido....  
Viaje loco, lucuras innúmeras,  
y, contra la Muerte, coros de alegría....  
Flautista del Norte, orgía pagana,  
pavor en la orgía....

¡Alma mía, qué cosa tan vana!

Dolor sin vocablos, abscondito, ardiente;  
guirnalda de oprobios que abrumba la frente;  
y un lloro en la noche que un astro redime....  
¡Mis ojos no vean el solemne día  
en que ya la Gloria mi nombre sublime!  
Dolor, oblación, poesía corona lejana....

¡Alma mía, qué cosa tan vana!

Silente, en las sombras, el ímpetu libre  
hurtado a la impura materia  
¡es ya el azul! ¡es ya la paz de Dios!  
Los ámbitos llena feliz pensamiento,  
que impele a la lumbre del día  
el vuelo del ala y el ala del viento;  
y empieza a fluir extrahumana,  
la suprema, inmortal Alegría....

¡Alma mía! ¡Alma mía! ¡Alma mía!  
¡Qué cosa tan vana!

## Los desposados de la muerte

Michael Farrel ardía con un ador puro como la luz.  
Sus manos enseñaban a amar los lirios  
y sus sienes a desear el oro de las estrellas.  
En sus ojos bullía el espíritu del océano.  
Sus formas eran el himno de castidad de la arcilla,  
que fue antes y tornará a ser después absolutamente casta.

Bajo sus bucles rubios, undosos y profusos,  
Eulalio de Gaspar creyó advertir las alas de un ángel.

Emiliano Barba-Jacob era muy sencillo  
y tenía una infantilidad inagotable.  
Su adolescencia láctea, meliflua y floreal,  
fluía por las escarpas de mi madurez  
como fluye por el cielo la leche del alba.  
Cuando le vi en el vano ejercicio de la vida  
me pareció que me envolvía el rumor de una selva,  
y me inundó el corazón la virtud musical de las aguas.  
¡Hay almas tan melódicas como si fueran ríos  
o bosques a las orillas de los ríos!

Guillermo Valderrama era indolente y apasionado;  
pero la vida, como un licor de bajo precio,  
le producía una embriaguez innoble.  
Sus formas pregonaban la victoria de una estirpe.  
Había en su voz un glu-glu redentor  
y su amante le llamó una vez "El Príncipe de las hablas de agua".

Leonel Robledo era tímido  
bajo una apariencia llena de majestad.  
En el recóndito espejo de su ternura  
se le reflejaba la imagen de una mujer.  
Toda su fuerza era para el ensueño y la evocación.  
Le vi llorar una vez por males de ausencia,  
y me dije: hay una tempestad en una gota de rocío,  
y, sin embargo, no se conmueven los luceros!

Stello Ialadaki era armonioso, rosado y azul  
Como las islas de Grecia y como los mares que las ciñen.  
Efundía del mundo algo ideal, risueño y fantástico.

Se le miraba como marchando desde un cuento de Simbad el Marino  
hacia un cuento de Sir John de Mandeville.  
Cuando le conocí tuve antojo de releer la Odisea,  
y por la noche soñé en el misterio de las espigas.

Juan Rafael Agudelo era fuerte. Su fuerza trascendía  
como trascienden los roncós ecos del monte a los pinos.  
Alma laboriosa, la soledad era su ambiente necesario.  
Sus ilusiones fructificaban como una floresta  
oculta por los tules del "Todavía - no".  
Sus palabras revelaban toda la fuerza de la Realidad,  
y sus actos tenían la sencillez de un gajo de roble.

---

---